

de Francisco, y con edificacion de todos sus hijos y del mundo entero descansó en el Señor á los cuarenta y cinco años de edad (1226), dejando á la posteridad el hermoso monumento de su regla, modelo de perfeccion evangélica que á muy pocos es dado alcanzar; por eso dice el santo patriarca al fin de ella las célebres palabras del Evangelio: *muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Sin embargo, considerando aquellos tiempos desgraciados, se conoce sin mucha dificultad que las almas superiores al vulgo se encontraban realmente obligadas á elegir entre dos caminos; el uno arrojarse en la tempestad del mundo, haciéndose lugar en él por la fuerza y la perfidia; el otro volver las espaldas al mundo, renegando de sus vanidades y opinion. Los primeros se convertian en Ezzelinos, Salinguerras, Bosones de Davora; los segundos en Franciscos, Pacíficos, Antonios de Padua, gentes que echaban sobre sí todos los cargos del clero, sin participar de sus ventajas, cuya humildad y pobreza formaban contraste con el fausto y orgullo clerical, una de las plagas de la sociedad contemporánea y uno de los ultrajes que daban mas fuerza á los herejes.

Dejando á un lado las reflexiones que sobre la obra de Francisco se nos ocurren y las ventajas que á la civilizacion y á la humanidad ha reportado la obra, vamos á ocuparnos de otro instituto religioso no menos célebre que el anterior que

casi á su tiempo nació, cuyos fundadores se conocieron y abrazaron como hermanos, cuyos hijos han conservado la misma fraternidad, compartiendo en defensa de la Iglesia, de la humanidad y de la civilizacion las glorias y los trabajos, los laureles y las fatigas. Hablo de la ilustre fundacion del esclarecido Domingo de Guzman. Para desenvolver debidamente la idea y tratar como se merece este asunto, preciso es que nos remontemos á principios del siglo XIII, y sin detenernos en bosquejar el estado de la sociedad y de la Iglesia, por dejarlo ya hecho al principio de este capítulo y desprenderse del boceto formado, la necesidad de la reforma, y por consiguiente la utilidad de este instituto á la Iglesia y al Estado, vamos á seguir este instituto desde sus primeros pasos.

En esta época, los legados de la santa sede en Montpellier (1205), se encontraban verdaderamente cansados de sus penosos y vanos esfuerzos contra la herejía, cuando el obispo español Diego de Acebes, de vuelta de un largo viaje, se presentó á ellos, y en su conversacion sobre las aflicciones de la Iglesia les dijo: "Si se quiere obtener un buen resultado debe abandonarse el fausto exterior, andar á pié y unir á la predicacion el ejemplo de una vida pobre y dura." Semblante consejo hubiera desagradado á almas menos cristianas; pero aquellos prelados, co-

nociendo con cuánta razón se hacia un cargo á los eclesiásticos de su riqueza y de mezclarse en los asuntos terrestres, obraron segun las palabras del obispo; él mismo despidió su comitiva, y reuniéndose á ellos con los demas abades del Cister, se derramaron por todas las ciudades que edificaron con sus discursos y actos.

Desvaneciése este primer ardor, y dos años despues, ya fuese por laxitud, ya por otras ocupaciones, abandonaron aquella tarea. Solo uno permaneció fiel á ella, el español Domingo, de la ilustre casa de Guzman y canónigo de la iglesia de Osman, donde la regla de S. Agustin habia sido introducida por el obispo. Llegado á Francia, gimió al ver cuán decaida estaba la religion en el Languedoc, porque se podian citar ciertas aldeas donde hacia treinta y tres años que el pan consagrado no se habia administrado á los fieles ni el bautismo á los niños. Dedicóse, desde luego, á convertir á aquellos desgraciados: despues, habiendole fundado el obispo de Osma un monasterio en Montreal, para que la educacion de las doncellas nobles no estuviera abandonada á los herejes, Domingo invirtió en él todo lo que poseia; y como no le quedase nada, cuando una mujer le dijo que no tendria de qué vivir si abandonaba sus correligionarios, quiso hacerse esclavo para ayudarla, así como otra vez lo quiso para rescatar del poder de los sarracenos al hermano de una pobre mujer.

Tanto celo no era recompensado sino por ultrajes: le tiraban lodo, le escupian á la cara, ataban á sus vestidos paja, á la cual ponian fuego detrás, y el santo lo soportaba todo, no solo con tranquilidad, sino con alegría. Un dia que pasaba cerca de un lugar donde sabia que los herejes trataban de jugarle una mala partida, iba cantando alegremente. Habiéndole preguntado éstos: “¿Qué no temes la muerte? Si te hubiéramos cogido, ¿qué hubieses hecho?” Les respondió: “Os hubiera rogado que no me mataseis de una vez, sino que prolongaseis mi martirio con una mutilacion sucesiva, despues de haber mostrado mis miembros cortados y haberme arrancado los ojos, de dejar mi tronco mutilado nadando en sangre, á fin de merecer por esta prolongacion de suplicio una corona más noble de martirio.”

Esta sed de dolores y amor le hizo pensar en crear una órden nueva, no para reunir en ella las almas que, disgustadas de la injusticia, llegasen á la soledad á entregarse á la oracion, al trabajo, á la práctica de la obediencia y demas virtudes desterradas del siglo, sino para que por la ciencia divina y el apostolado, base de su institucion, pudiese esperar una influencia directa sobre la sociedad. Acudió, pues, á Roma, triunfó de la resistencia del pontífice y concluyó por obtener la aprobacion de su órden de *predicadores* (1215-1216).

En esta orden, donde sus individuos hacen los votos de pobreza, obediencia y castidad, se ven en perfecta armonía mezcladas en sus estatutos la fuerza de la vida comun y la libertad exterior. Ella está gobernada por un maestro general y dividida en provincias, comprendiendo cada una varios conventos, á cuya cabeza está un provincial con priores elegidos por los hermanos de cada convento y confirmados por el provincial. El nombramiento del provincial pertenece á los priores y á un diputado de los religiosos de cada convento; es confirmada por el general que es tambien elegido por los priores y los diputados de cada provincia. Encuéntrase tambien asociada la unidad ó la multiplicidad en este sistema de eleccion, que despues de seis siglos aun podia tomarse por modelo.

Los nuevos religiosos no debían vivir sino de limosnas, es decir, no aguardar su subsistencia sino del grado de estimacion que su piedad les adquiria entre el pueblo. No fueron propietarios hasta el tiempo de Sixto IV.

Cinco años despues de la aprobacion de su regla murió Domingo, dejando ocho provincias con sesenta casas; contábanse cuatrocientas diez y siete en 1277: despues estos religiosos se esparcieron por todas partes; una casa, una iglesia y un cementerio, les bastaban sin dotacion en bienes raices; así fué que, cuando en el siglo XVII los

holandeses penetraron en las estremidades de la Groelandia, no se sorprendieron poco con encontrar allí un convento de dominicos ya antiguo. El 23 de Julio de 1253, Inocencio IV escribia: "A nuestros queridos hijos los hermanos predicadores, que predicán en los países de los sarracenos, de los griegos, de los búlgaros, de los cumanes, de los etiopes, de los sirios, de los godos, de los jacobitas, de los armenios, de los indios, de los tártaros, de los húngaros y otras naciones infieles del Oriente, salud y bendicion apostólica." Juan XXII aprobó en 1325 una congregacion particular de esta orden, bajo el nombre de hermanos, viajando por Jesucristo entre los infieles; pero acudió á ella tan gran número, que el pontífice tuvo que limitar la facultad concedida. Raimundo de Peñaflor, quinto maestro general, fundó en Murcia y en Tunez dos colegios para el estudio de las lenguas orientales; á ruego suyo, Santo Tomás de Aquino, escribió la *Suma contra los gentiles*; Acolodo de Florencia, un tratado contra los errores de los árabes en su propio idioma; Raimundo Martin una *Suma* contra el Coran.

Las dos órdenes de los dominicos y franciscanos se habian esparcido de tal modo en todos los lugares que escitaron la admiracion y la simpatía de los hombres más ilustrados de la época¹, y

1 Guitou de Arezo escribia de S. Francisco:

acudieron en tropel ilustres prosélitos. A Santo Domingo se unieron Reinoldo de Santa Egidia, profesor de derecho canónico en París; el médico Rolando de Cremona, que de gefe de la escuela de Bolonia fué profesor de teología en la de París; Moneta, célebre maestro de artes; despues Vicente de Beauvais, enciclopedista; los cardenales Hugo de S. Cher y Enrique de Susa, autores de una concordia de las Santas Escrituras y de una *Suma* dorada; en fin, santo Tomás de Aquino, el mayor filósofo de la edad média. Con Francisco se alistaron Pacífico, poeta laureado; los bienaventurados Egidio, Bernardo y Juan de Cortina; en fin, S. Antonio de Padua el Taumaturgo, á quien Gregorio IX llamaba el arca de los Testamentos y el tabernáculo de las Santas Escrituras. Despues salieron de la misma orden Escoto y Roger Bacon, el restaurador de la ciencia y aquel S. Buenaventura que fregaba las escudillas de su convento cuando le llevaron el capelo de cardenal.

Tan esclarecidos institutos no deben acomodar

Cieco era il mondo e tu failo visare;

Lebbroso, hailo resuscitato;

Morto, l'hai mondato;

Sceso all'inferno, failo al ciel montare.

Ciego estaba el mundo, y tú le vuelves la vista; leproso, le has purificado; muerto, le has vivificado; bajando al inferno, haz que suba al cielo.

á los nuevos filántropos. ¿Y cómo? Ellos que no conocen mas Dios que su vientre; ellos que poseidos de un negro egoismo solo piensan en su porvenir, en alzar el templo de su orgullo, siquiera sea sobre las lágrimas del desvalido, y la opresion de los pueblos; ellos no debian mirar con muchas simpatías á los que poseidos de santo desprendimiento, llenos de caridad, vendian sus bienes y los daban á los pobres, renunciaban las riquezas y las comodidades del mundo, se abrazaban con la mortificacion y la penitencia, y todo lo sacrificaban, su reposo, sus vigiliass, hasta su propia vida por sus hermanos: de aquí nació que el pueblo y cuantos sufrían los amaban, porque en ellos veían su consuelo y su amparo, en vez que los poderosos, los avaros y los orgullosos los insultaban y despreciaban, porque eran un continuo reproche de su conducta, un acusador franco de sus excesos, un censor perpetuo de sus malignos procederes; y tanto mas encarnizado era este encono, tanto mas cruel era este odio, cuanto acrecia todos los dias la influencia de estos religiosos con el pueblo, y todos los dias eran más estimados, más buscados y más consultados, temiendo por tanto, los opresores, que de aquí naciese la ruina de su poderío y la pérdida de su dominacion.

En efecto, los tiranos se apercibieron del poder de estos ejemplos, y creyeron que no distaba

el día de las reformas: la predicacion de mendicantes y sus ejemplos, debia llamar la atencion del pueblo; ellos entraban en todas partes, se comunicaban con todos; y así veian acercarse el momento en que, penetrando sus exhortaciones en las entrañas de una sociedad que tenian interes en que reinase la corrupcion, para esplotarla y esclavizarla á su antojo, reformase sus viciosas costumbres, cobrase con la virtud la energía que por la corrupcion habia perdido, y se mostrase indócil á su yugo é intolerante con sus demasías. Tal era la causa por la que los opresores y cuantos vivian de los abusos y de la maldad, eran con los mendicantes intolerantes, y se declararon sus enemigos. Sentados estos preliminares, que son una consecuencia muy precisa, parece que no debiamos temer se nos contradijera; mas como quiere que nuestros enemigos atropellan por todo, y con nada se convencen, no queremos dejar de aducir un testimonio que corrobore nuestra aseveracion, un hecho histórico que la compruebe, una autoridad que no podrán desechar, y las palabras de un hombre que no podrán desmentir. Este hombre es Pedro de las Viñas: era un tirano, un opresor del pueblo, y su exclamacion y sus palabras son éstas: "Los hermanos menores, *dice*, y los predicadores, se levantaron contra nosotros con odio, reprobamos públicamente nuestra vida y nuestra conversacion, destrozaron nuestros de-

rechos, y nos redujeron á la nada..... Ahora bien, para debilitarnos aun mas, y robarnos el afecto de los pueblos han creado dos hermandades nuevas que comprenden á los hombres y á las mujeres en su totalidad; apenas se encuentra una que no esté agregada á ésta ó aquella ¹."

Las líneas que acabamos de copiar dicen mas que nuestras palabras lo útiles que fueron estas órdenes á la humanidad; ellas son un elogio que á falta de otros podria servir de apología de tan santos institutos, y prueban hasta la evidencia que ellas fueron el terror de cuantos se complacian en oprimir los pueblos y en vejar los pobres; de cuantos vivian de su sudor y de sus lágrimas, de cuantos los hacian sufrir todo el peso del infortunio, todas las consecuencias del despotismo: ellas prueban que estas religiones eran sociales y civilizadoras, y son el mas completo mentís de cuantos las han impugnado, de cuantos las han satirizado, de cuantos las han espuesto á la odiosidad del pueblo que tanto defendieron, de los hijos de aquellos que salvaron, de los descendientes de los que protegieron. Yo quisiera que me dijeran los acusadores si ellos tienen tan honrosos títulos al comun aprecio, si ellos son tan humanitarios, tan civilizadores, tan sociales como estos frailes; si ellos son tan dignos de la popular estima-

¹ Epístola 37, lib. 1.

cion: pero no temo la respuesta. ¿Y cómo temerla? ¿dónde están esos hechos humanitarios? ¿acaso en las revoluciones? ¿dónde esos hechos sociales? ¿Tal vez en sus disolventes utopias? ¿dónde esos actos civilizadores? ¿quizá en su orgullo, en sus diatribas, en la destruccion de los conventos, en la disolucion de los frailes, en su persecucion, en su muerte? Tal vez lo creerán así; pero nosotros vemos que todos estos acontecimientos han traído la ruina de las artes, han quitado á las ciencias su mejor apoyo, á la industria su protector, á la agricultura su patrono, al comercio su mejor defensor, y á la inocencia, al pobre, al oprimido su amparo, su escudo, su consuelo. Gloriense en su obra, que el pueblo, si en un momento de vértigo pudo estraviarse, si en un instante de ilusion y de locura pudo corromperse, vino la calma, sucedió á la locura la reflexion, y el desengaño á las ilusiones, y se encuentra huérfano y sin proteccion, y acude á los conventos que tantas veces le socorrieron y ampararon, demandando á las paredes su consuelo, y las puertas están cerradas, y las paredes no responden, y sus ojos llenos de lágrimas miran por todas partes, y en todas partes el silencio del sepulcro reina, y se vuelven tristes y desconsolados con la amargura en el corazon, porque no hallan consuelo á su desgracia, porque han sido cruelmente engañados, porque con su vida quisieran borrar hasta la memoria de tan

cruel ingratitud. Preguntadles hoy si quieren frailes, preguntadles si quieren conventos; estoy seguro de su respuesta, porque sé que no será desfavorable á los regulares; porque no hay un solo hombre del pueblo que no conozca la falta que le hacen, que no lamente su estincion, que no lllore su pérdida.

Cada vez que contemplo la historia y recuerdo los dias de Federico II, veo el heroismo de los frailes para combatir su tiranía: si veo á los paganos de Nocera invadir el valle de Espoleto, y acercarse á los muros de Asís, y oigo el llanto de sus habitantes presagiando desgracias, allí mi alma me recuerda el heroismo de santa Clara que los pone en precipitada fuga: si considero á Vital de Aversa destrozando con sus feroces huestes las campiñas de Italia, allí la misma santa y sus dignas hijas cubiertas de ceniza, oran al Señor, que las oye y liberta el pais de tan feroz enemigo¹: si á mi memoria se ofrece el impío Ezzelino, luego recuerdo al humilde hijo de S. Francisco, al grande Antonio de Padua, que con un valor que solo puede inspirar la virtud le sale al encuentro, reprende sus vicios, anatematiza su desenfreno, y si no aplaca sus furores, le hace respetar su hermosa libertad; por todas partes los hermanos menores y los predicadores renuevan dias de gloria pa-

¹ Vita Sanctæ Claræ, cap. 14, Sant. Antonino.

ra la Iglesia, de bonanza para la humanidad, de bien para la civilizacion. Vienen de tropel á mi mente los herejes, y al momento veo frente á frente de sus errores las órdenes de Domingo y de Francisco; se suscitan guerras, les veo en los campos contrarios apaciguando las pasiones, calmando los odios, procurando la paz; veo vicios, y oigo su voz tronado en el púlpito, instruyendo en los confesonarios, y moderándolos con su ejemplo; veo disolucion y escándalos, y luego recuerdo sus penitencias y exhortaciones: ellos se multiplican, á todo acuden, en todas partes se hallan, aquí convencen, allí amenazan, en esta parte arguyen, y en aquella fulminan anatemas contra los que permanecen endurecidos y no quieren hacer penitencia. ¿Qué quereis mas?

Es de sentir para la historia que no haya quedado cosa alguna de la predicacion social de aquellos sencillos religiosos, que cumpliendo con su hermosa y divina mision iban á propagar la paz, á derramar el benéfico rocío de la gracia en discursos, donde estaba escludido todo lo que no servia á la edificacion, cuyo ornato consistia en la virtud, cuyas formas eran la uncion del espíritu y cuya retórica consistia en la caridad. Poco importa que por estos descuidos oratorios se les critique; poco importa que los sabios, segun el mundo, los censuren; poco importa que los hombres de las flores y de las galas oratorias los hagan el

objeto de su ridículo; á eso responden aquel interes con que el pueblo los escuchaba, el fruto que hacian en las almas, el triunfo que conseguia la virtud, la derrota del vicio, tantos crímenes borrados con las lágrimas del arrepentimiento, tantas almas arrancadas de la senda del pecado, la reforma de las costumbres, el bien de la humanidad, tantas rencillas cortadas, tantos odios reprimidos, tantos males enmendados, tantos bienes obtenidos en favor de la religion y del Estado, en beneficio de la sociedad y de la civilizacion. Sin embargo, no todos aquellos trabajos se han perdido; aun nos quedan algunos sermones dogmáticos y morales que se han conservado; pero no son mas que el borrador árido y descarnado, presentándose bajo un aspecto puramente escolástico, insuficiente para acreditar la gran influencia que ejercieron en la sociedad, si no se considerara que les daba calor y vida una palabra y una accion ardiente, animada y convencida; sin tener en cuenta la uncion del que habla, sin tener en consideracion sus virtudes, de ningun modo podriamos convenir en el fruto que hicieron.

A pesar de todo lo que se ha dicho y dice de su falta de cultura, siempre que los interrogamos sin desden de lo pasado y sin idolatría á cerca de la forma, se conoce un fondo de doctrina y de sentimientos que admira; siempre que leemos los sermones que aun nos quedan, halla-